

LA NOVELA DE NOCHE

UNA
PESETA



AGUIRRE



La Confidente

POR CARMEN D. BURGOS
COLOMBINE

En el dulce calor de su salón, Clotilde recibe a una mujer. Escucha sus penas, los golpes, las llagas abiertas de los maltratos. Clotilde está cansada, pero la escucha. Como a tantas otras mujeres.

En 1926, Carmen de Burgos ofrece un relato potente, a imagen del resto de su obra narrativa y ensayística. En *La confidente*, su prosa ágil y fluida nos hiere como algunas de sus líneas escritas en el frente. De hecho, retrata con sinceridad a varias generaciones de mujeres, ricas, pobres, las de su tiempo. Y la desgarradora historia de su condicionamiento. En esos nueve capítulos breves se quiebra un primer silencio que ocultaba la violencia. Es un gesto magistral que resuena por su actualidad y revela una España arcaica y machista. Que aún es un poco la nuestra.

I

ontribuía al bienestar del saloncito aquel frío de la calle, que se adivinaba en el calor cuajado de la atmósfera, en el cielo de aguardiente aguado, con las estrías de nubes lechosas. El suelo húmedo, los árboles como matojas de leña seca, sin que nadie adivinase el sufrimiento que experimentaban en su sensibilidad, y notase cómo se encogían, ateridos de frío, paralizada la savia en sus arterias, semejantes a pobres astrosos que quisieran meterse las manos en los bolsillos y subirse el cuello del abrigo.

Las gentes pasaban con gesto de esconderse en sí mismos, encorvándose a tierra, con el cuello metido entre los hombros, que suben y tratan de cubrir las orejas; los brazos pegados al cuerpo y el paso apresurado.

En el saloncito era primavera, con el dulce calor de los radiadores, luchando con la temperatura de fuera para mantenerlo a diez y nueve grados. Las flores reían lozanas en los búcaros de cristal y de porcelana; los espejos y las cornucopias reproducían los delicados *bibelots* de arte elegidos y seleccionados con el mayor gusto, formando con las cortinas de colores vivos y los muebles exóticos un conjunto de color, que se armonizaba dulcemente, y formaba el ambiente agradable, grato, blando, acogedor, que es como el espíritu de las casas, y rima siempre con el alma de los moradores que imprimen su sello en las cosas materiales, como si encarnase algo de ellos en lo que les rodea.

Esparcía el té su débil perfume, penetrante en su tenuidad, entre los perfumes de las damas que se agrupaban en torno de Clotilde, dejando caer los abrigos y las pieles, para lucir los escotes y los vestidos ligeros, con esa coquetería con que las mujeres parecen haber vencido al frío.

Algunos caballeros departían con ellas en una confidencial conversación. Era Clotilde la que había sabido dar a su interior aquel aire de agradable intimidad, haciéndolo cómodo, grato, con la influencia de su sencillez amable.

Fue preciso que el reloj diese las ocho para que los contertulios se decidiesen a levantarse y despedirse. Se iban siempre con pena de aquel recinto hospitalario. Cambiadas las últimas despedidas, Clotilde reparó en la mujercita delgada, morena, de brillantes ojos negros, que se quedaba rezagada. Era la más reciente de sus visitas, la que hacía dos semanas le había sido presentada.

Se miraron un momento las dos mujeres, y la morena dijo:

–Yo quisiera hablar con usted en reserva. No he podido verla nunca sola... Si usted me pudiese dar una hora cuando menos la molestase...

Clotilde sintió el rebato de malestar que experimentaba siempre en previsión de la escena que presentía.

–No tengo otro día libre... mi tiempo... ocupaciones... –balbuceó.



Le costaba cierto trabajo en acceder al servicio que se iba a demandar de ella. Estaba habituada a que las mujeres sufrientes llegasen a su gabinetito como las creyentes van al templo, a depositar en sus manos su fardo de dolores. De aquel fardo, que ella les ayudaba a descargar, para que descansasen un rato, y que volvían a colocar de nuevo en su espalda al salir de allí, aunque les pareciese menos pesado, por el rato de alivio, se quedaba ella con una parte. Se cansaba escuchando, sentía el dolor, le restaba un malestar... y, sin embargo, igual que el sacerdote a quien llama la penitente, no se podía negar a escuchar la confesión, y cumplía así un deber de consuelo.

Había en ella algo que invitaba a la confianza. Tal vez el verla alejada de las luchas y las ambiciones, el mirarla un poco al margen de la vida; pero un margen alto, desde donde dominaba su panorama.

Viuda, rica, independiente, su carácter abierto, franco y libre de preocupaciones, daban la garantía de que había llegado a esa comprensibilidad que es fruto de dolores, que en vez de poner en el alma heces de un sentimiento negativo, huraño, amargo, dejan el perfume del sándalo dispuesto a ofrecerse a los demás.

Todas las mujeres la buscaban por confidente. Dolores y recados se le confiaban por igual. Y ella las oía cumpliendo la obra de Misericordia más alta de todas, la que exige el caudal espiritual de quien puede practicarla, la que sólo pueden ejercer las millonarias en espíritu: consolar al triste.

¿Por qué iba a dejar que se marchase amargada, con el deseo de un secreto y una desdicha, aquella simpática mujer que la imploraba?

Sobre su rostro de facciones suaves cayó el velo de la melancolía, y como el que va a cumplir un deber penoso, volvió a empujar la puerta del saloncito y entró seguida de la joven.

—Dígame usted.

Volvió a escuchar las palabras que les eran habituales a todas. El «yo pecador me confieso a Dios y a vos, padre...» de aquella religión laica.

–Necesito decirle lo que me sucede... a usted, que es tan buena y tan comprensiva...

Entornó los ojos, medio recostada en su amplio sillón, y esperó. La voz trémula de la mujercita seguía su confesión general.

Clotilde sabía que no le mentiría. Si querían ocultar algo, ella les preguntaba y se lo decían todo.

–No me conoce usted, pero puede preguntar la verdad de todo cuanto le digo. He nacido en una de las pequeñas islas de Menorca, en un peñón casi, azotado por el mar. Pasé mi vida entre mar y cielo y se me hizo una alma ingenua, alma de pescador, alma empapada de azul y bañada de luz... ¿Dirá usted que soy romántica? Es cierto. Me hallo fuera de mi centro en estas grandes ciudades, donde la gente se renueva, donde no se conocen todos, donde se vive una vida tan diferente de la mía. Yo he pasado años enteros viendo las mismas personas, los mismos paisajes, leyendo los mismos libros.

»Cuando tuve que casarme, mis padres me dejaron que escogiese entre mis cortejos. Todas las noches, después de cenar, yo me ponía mi mejor vestido y me sentaba al lado de la silla vacía, que venían a ocupar, quince minutos, cada uno de mis cortejantes. Yo escogí a mi marido... ¿sabe usted por qué?... por miedo. Estaba segura de que si elijo a otro hubiera cometido un crimen. Nos casamos y me llevó a su isla, a Mallorca. Quizá me impresionó este cambio más que el de venir de Mallorca a Madrid, porque Palma era la primera gran población que yo veía. Entonces empezó mi vida de sufrimientos. Recordé muchas veces la balada que escuché cantar en mi isla:

»–¿Madre mía, qué es casarse?

–Hija mía, casarse es hilar, parir y llorar».

»Yo estaba encerrada en el fondo de mi casa. Era como una criada, que tenía la obligación de trabajar por mí y por los que parecían servirnos. Era yo la responsable de todo; mi marido se enfurecía conmigo al menor descuido mío o de los otros. Yo no había tratado gente antes de mi matrimonio en mi pequeña isla, en la hacienda apartada de mis padres, donde los únicos *señores* éramos nosotros, y nos trataban como a los soberanos de derecho divino, como una casta aparte. Ahora no me trataba con nadie tampoco. Mi marido no me consentía amigas ni me dejaba devolver siquiera la visita a las vecinas. Estaba aislada entre criadas elegidas por él, con las que tenía lazos antiguos, que las hacían mis enemigas. Yo creía que el matrimonio era aquello: que llevaba implícita la condición de servir al esposo y señor, de retirarse del mundo. Sin amor tuve tres hijos... Y adoré a mis hijos...; los amaba con toda mi alma y, sin embargo, sentía el ansia de amar más... de amar de otro modo... de una pasión... No sé cómo explicarlo. Mis hijos eran como los incentivos que me hacían desear más amor... Tal vez sin hijos me hubiese conformado más con la monotonía de la vida. Eran el aperitivo del amor. Lo que me lo hacía conocer y adivinar.

»Y al mismo tiempo mi alma se vestía de castidad, se me hacía aborrecible la vida conyugal. Me sentía feliz cuando mi marido se marchaba sin fijarse en mí. Cuando me hacía víctima de su amor yo temblaba, lloraba, a veces mordía mis ropas para que no escuchase mis gemidos... gemidos de dolor y repugnancia...

—¿Y llegó usted a ese estado sin ningún hecho que lo motivara, sin sentir otro amor? —preguntó Clotilde.

—Sí... se lo juro... Llegué a esto sólo por exceso de sufrimiento, por exceso de asco... porque de niña me convertí en mujer, y algo noble, sincero, puro y honrado que había en mí protestaba. Algo que no se había casado.

Sonrió, con los ojos brillantes de lágrimas, Clotilde. Quizá en su corazón hallaba eco aquel sentimiento de una rebeldía no muy frecuente en las mujeres y que evocaba la que ella tal vez sintió en algún tiempo, ya olvidado.

La joven continuó:

—Y ese sufrimiento mío fue un incentivo para mi marido... Encontró un placer, que no había hallado jamás, en mi dolor y en mis lágrimas. El suplicio que imponía le llenaba de felicidad... Cuando yo, ya resignada, no lloraba, me golpeaba y me mordía en los hombros y en el seno para hacerme gritar desesperada.

—¿Nadie la socorría?

—Nadie. Las infames sirvientes pagadas por él se reían burlonamente, satisfechas de mi martirio.

—¡Qué infamia!

La palabra blanda y compasiva penetró como el agua de lluvia en el surco labrado, produciendo una expresión de alivio.

—¿Por qué tuve ideas distintas de cuanto me habían dicho y me habían inculcado? ¿Cómo adiviné teorías de libertad, de justicia y de derecho, de las que no me habían hablado jamás? No lo sé. Pero yo razoné que no era una cosa, una bestia, algo que le pertenecía a mi marido, y me negué a sus caricias.

»Mi resistencia excitó el deseo de aquel hombre. Exageró el odio en que envolvía sus goces conmigo, y el preludio de sus bárbaras caricias eran bofetones y golpes que yo prefería a sus besos. Me defendí valientemente, le hice frente, le devolví sus golpes, pero mi debilidad de mujer no se comparaba con su fuerza. Él era feliz cuando me rendía y me humillaba, deshecha y fatigada, a su yugo.

—¿No buscó usted auxilio en nadie?

—Los hombres no se atrevían a comprometerse, las mujeres le daban la razón. Me creían la culpable de todo porque me negaba a pagar a mi marido el *débito conyugal*; eso era para ellas un pecado terrible, que me hacía res-

ponsable de cuanto pudiera suceder. Fui a confesar y no me quisieron dar la absolución.

»Pero aún hay más –continuó, después de un momento de silencio–. Mi marido, más criminal cada día, más encenagado en vicios, extremaba sus crueldades. Yo resistía. Estaba enferma, contagiada de su crápula, y no quería ser cómplice de traer al mundo seres marcados con una herencia fatal. Mis pobres hijos me daban pena en su inocencia. En mi desesperación llegué a pensar si sería más piadoso ahogarlos al nacer; a ellas, para que no sufrieran lo que yo; a ellos, para que no lo hicieran sufrir a otras infelices.

»Llegaron momentos crueles, terribles... Míreme usted.

Se abrió el cuello del vestido y mostró sus hombros y sus brazos, en los que había cicatrices moradas, redondas, muy profundas, cóncavas, como del lugar donde se ha sacado carne.

–¿Ve usted? Me amarraba a los hierros de la cama y aplicaba a mi cuerpo desnudo un hierro hecho ascua en la estufa.

Reinó un momento de lúgubre silencio.

–Al fin, una vez pude escapar y denunciar el hecho a las autoridades. Mi marido fue encarcelado. Sin duda, para librarlo, dijeron que estaba loco; ínterin se debatía el asunto, yo me escapé con mis hijos. Fui a Menorca; mi abuela, compadecida, me dio dinero para venirme a Madrid... ¿Comprende usted mi situación?

–Loco o criminal, está usted libre de su marido, le nombrarán un tutor a sus hijos.

–¿Pero cómo vivo yo?

–¿No tiene usted medios?

–No. Mi abuela me envía sus ahorros; tengo internos a mis hijos en dos colegios, yo vivo modestamente; como en un restaurante barato... siempre asustada de que ese

hombre escape y venga... y de que se agoten los pobres recursos de la abuelita y llevarla a la ruina conmigo.

Clotilde no quería hacer la pregunta sacramental:

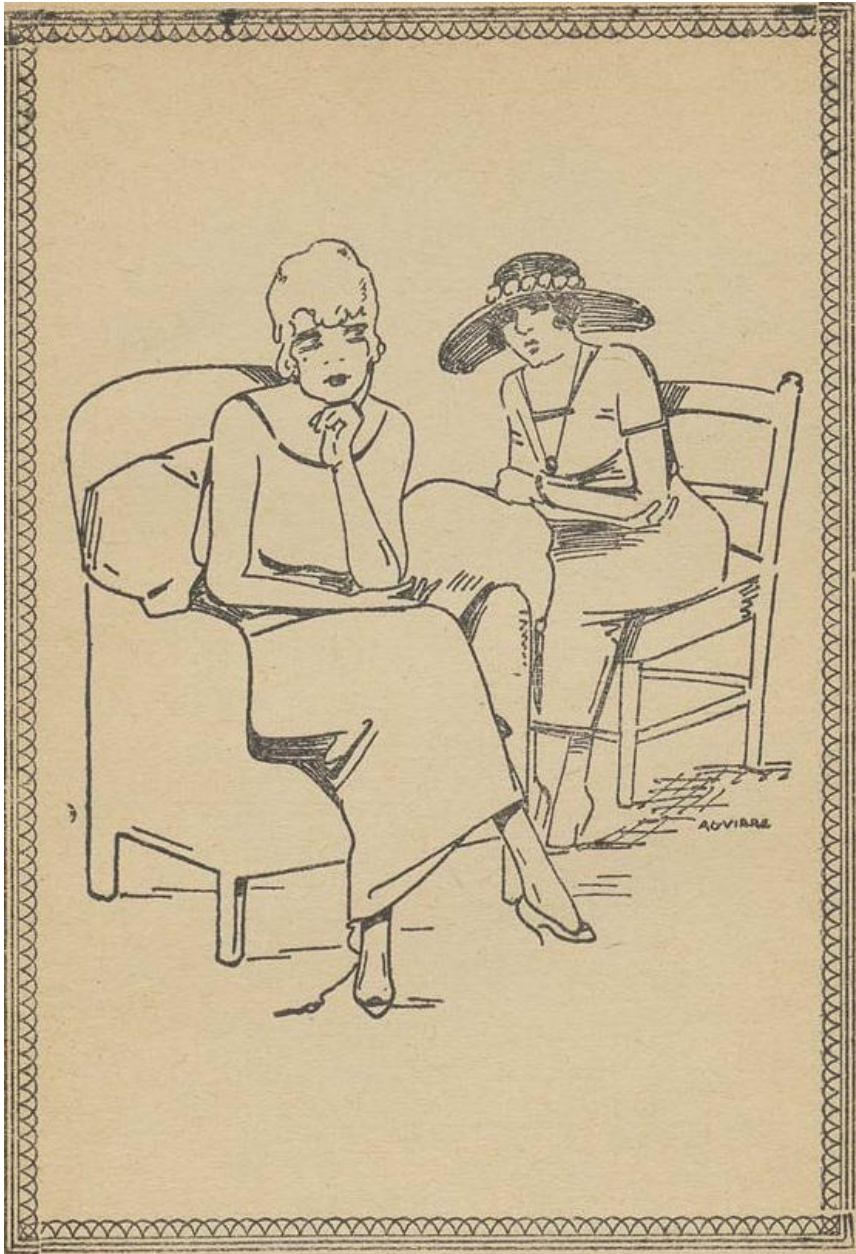
—¿Y usted, qué sabe?

Pero la joven se adelantó a ella.

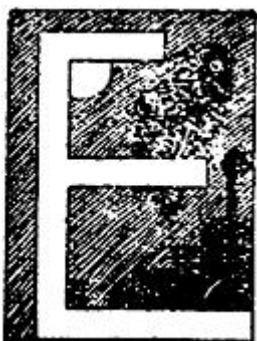
—Sé bordar, coser... puedo dar lecciones a niños, acompañar señoritas... asistir a un enfermo.

No quiso quitarle sus ilusiones. Pero conocía qué difícil y qué pobre era todo aquello. Lo sabía por la experiencia que le daba su papel de confidente; por cómo cientos de mujeres habían llegado a ella, deseosas de dignificación, de trabajo, preguntándole qué camino podrían tomar y haciéndole sentir su tragedia.

Y sobre la dificultad de la escasez de trabajo, de la explotación, de la concurrencia de pobres mujeres que apuraban todos los medios y recurrían a todas las intrigas para poder vivir, la condición aquella de *esposa separada*, que era como un sambenito en una sociedad hipócrita y mediatizada.



II



eran Marta y Juanita las que llegaban, cuando apenas se había sentado Clotilde ante su mesa de comedor, llena de aquella tristeza que ponían en su alma las confidencias de que le hacían depositaría. Ella, que por un milagro de voluntad había logrado libertarse de sus dolores, creándose un campo de reposo dentro de su propio corazón, se afligía con el dolor ajeno, con el llanto que no podía enjugar, con las necesidades que le era imposible remediar, con las esperanzas que había de defraudar necesariamente. Ponía ojeras en su semblante el sufrimiento de las otras.

Las dos hermanas se sentaron a su lado.

—¿Qué hay?

—Es una cosa resuelta —repuso Marta, la mayor—. He hecho las últimas tentativas y es todo inútil. Ese hombre es un canalla.

—¿Sigue usted amándolo, a pesar de eso?

—Sí.

Tenía unos ojos obcecados, unos ojos de hipnotizada, que demostraban la fijeza de su pensamiento.

—Ya lo sabe usted —siguió—; se lo he confesado todo, es el único consuelo de mis dolores hablar con usted, que es tan comprensiva...

La confesión iba a recomenzar. Aquélla no era la penitente que llegaba por la primera vez, era la que la había elegido por su guía espiritual.

—¿Ha encontrado usted algo?

—Debutaré en un *music-hall* de ínfimo orden.

Había rabia, despecho, desgarramiento en el acento de Marta. Era el eco que debe existir en el rasgueo de la pluma del suicida sobre el papel en que escribe su última carta.

Como Clotilde guardaba silencio, Marta preguntó:

—¿Nada me dice usted?

Y ella contestó:

—No puedo decirte nada...

Se miraron y se entendieron. Ni Marta elegía, ni Clotilde podía evitar aquello a que la fatalidad la empujaba. Era una necesidad imperiosa, despótica, tirana, inaplazable: la necesidad de vivir.

Marta era la hija de la familia acomodada de la clase media, a la que se educa como si hubiese de tener una gran fortuna, cuando sólo se cuenta con el trabajo del padre para vivir decentemente, a costa de no escasas privaciones. Muertos los padres, los hermanos se separan, todos pobres, miserables, necesitados. La pequeña, Juanita (aquella niña de semblante parado, con el sombrero echado hacia atrás y los ojos muy abiertos, desmesuradamente abiertos, como se abren cuando se quiere inconscientemente ver en las tinieblas, porque miraban el fondo negro y oscuro de la tragedia), fue llevada a uno de esos colegios que recogen huérfanas por caridad, mediante una pensión, y parecen pasar una raqueta sobre su mentalidad para hacerlas a todas débiles, tímidas, irresolutas, con la colaboración del hambre, del exceso de trabajo y de una disciplina dulzonamente agobiadora.

Marta se fue con su tía. Una señorita de sesenta años, avarienta, desconocedora de la vida, que hizo de la sobrina sirvienta y enfermera, abusando de su papel de protec-

tora. No pedía verla tranquila un momento; en cuanto se sentaba la joven, se le ocurría algo para poderla molestar.

–¿Quieres ver si queda apagada la lumbre?

–¿Me haces el favor de un vaso de agua?

–¿Están bien cerrados los balcones?

–Mira si está corrido el cerrojo de la puerta de la calle.

–Tráeme un pañuelo.

Cuando no otra cosa, le pedía que le curase las llagas de sus varices o los forúnculos de su nuca.

Mal alimentada, sin recibir una atención ni un cariño, llena la imaginación de escenas románticas, de las novelas que podía leer detrás de la tía, que para no permitirle ni esa distracción, le hacía apagar la luz en cuanto le leía en voz alta el folletín de *La Correspondencia de España*, Marta era terreno abonado para ceder al influjo de aquel hombre indigno que echó mano de todos los tópicos de la seducción vulgar, que ella creyó reflejos de un amor sincero.

Aquel hombre que destrozaba su pobre vida por el capricho incomprensible de hacer daño, huyó al saberla encinta. Fue para Marta como pasar de un bello sueño a una atroz pesadilla. El hombre que había creído honrado y bueno, era un caballero de industria al que la policía llevó a la cárcel. Él le había pedido auxilio en aquel trance, y ella empeñó y vendió sus pobres ropas, sus sencillas alhajas, cuanto tenía, para enviarle a la prisión ropa interior, camisas y calzoncillos para que se pudiera mudar. Gracias a ella no tuvo que comer rancho y hubo en su celda flores, jabón y agua de Colonia, libros, cuanto la delicadeza de un espíritu femenino enamorado puede poner en torno de un hombre.

Fue ella la que imploró, llamó, acudió a llevar a todas partes el convencimiento de la inocencia de aquel hombre... Y una vez libre, la volvió la espalda, sin pensar en cómo la había comprometido.